

ANTONIO VAN-DYK.



Retrato de Antonio Van-Dyk, pintado por él mismo.

Aunque en el tomo XVII del *Museo de las familias* de biográfico del célebre pintor Antonio Van-Dyk debido á la 1859 en la página 224 hemos dado un excelente artículo | pluma del distinguido escritor, y colaborador nuestro don
SEGUNDA SERIE.—1861. AÑO XIX. 22.

José Muñoz y Gaviria, hoy vamos todavía á referir algunas anécdotas del gran artista holandés, con motivo de presentar á nuestros lectores una copia de su hermoso retrato pintado por él mismo.

Trásladémonos á Amberes en 1610, y á la trastienda de un mercader de lienzos.

Una muger jóven de afable rostro y mirada inteligente, estaba trabajando en ella con su hijo, un muchacho hermoso de once años, tan hermoso que su madre lo besaba á cada momento, y le encontraba mas elegancia y gracia que á los hijos de los reyes.

¿Qué hacía la maestra y el discípulo en aquel reducido recinto? ¿Median lienzo? ¿Devanaban madejas de hilo? ¿Ajustaban su cuenta por partida doble? ¡No por cierto! Estudiaban el dibujo y la pintura.

Tan pronto la madre se ponía en pié delante de un caballete, y daba algunas pinceladas á un cuadro de paisaje, muy gracioso, tan pronto para descansar tomaba la aguja y terminaba un bordado de delicado gusto y finísimo punto. Hasta esta modesta labor era artística, porque se hallaban en ella mezcladas figuras de estremada delicadeza con los arabescos de encaje y blonda.

El muchacho dibujaba una cabeza por un modelo de Rubens, colocada sobre un fardo de lienzo de Holanda.

Al cabo de una hora entró otra persona, y vino á examinar el trabajo en que se ocupaba esta familia. Esta persona era el marido del profesor, y el padre del discípulo. Y sin embargo nada anunciaba en él un mercader de lienzos. Mas bien brillaba en su ojo la inteligencia, y en su apostura el aire y desembarazo de un artista. Llevaba en la mano no un retazo de lienzo, sino un vidrio pintado de colores maravillosamente

—Decididamente, dijo despues de haber estado observando atentamente un rato, Antonio llegará á ser un maestro. Será preciso enviarle al estudio de Enrique Van-Balen.

Alegre y gozoso el niño se arrojó en los brazos de su padre, y su madre se lo comía á besos, mas entusiasmada con él que nunca.

—Muger, eres lo que se llama toda una maestra! continuó el mercader, admirando á la vez el bordado y el cuadro. Nunca se ha visto que las obras maestras de la aguja conduzcan así á hacer obras maestras de pincel, y si un dia llega Van-Dyk á brillar por su talento y gloria, los historiadores dirán que uno y otro lo debia á las lecciones de su madre!

Así es como Antonio Van-Dyk, uno de los mas ilustres pintores de la escuela flamenca y de todas las escuelas del mundo, aprendió de su madre el divino arte que debia hacer inmortal su nombre y darle una fama imperecedera.

Su padre, antiguo iluminador de vidrios, y convertido despues en comerciante de lienzos en Amberes, lo presentó al dia siguiente en el taller y estudio del maestro Van-Balen, desde donde luego pasó en 1605 al del inmortal Rubens.

Allí, despues de algunos años de constante y aplicado trabajo y de asombrosos adelantos, se le presentó un dia la ocasion de revelar á sus compañeros y á su maestro mismo la inmensa capacidad de su talento.

Ademas del salon donde pintaban sus discípulos, tenia Rubens un taller reservado, donde pintaba solo los cuadros capitales y de mas empeño, y del que siempre que

salía de su casa dejaba la llave á su antiguo y fiel criado Valveken. Un dia que el gran pintor prolongó mas que lo de costumbre su paseo á caballo, Valveken cediendo á las contínuas instancias de los discípulos se tomó la libertad de abrirles el santuario, y dejarlos estasiarse á su placer contemplando el famoso cuadro del *Descendimiento de la cruz*, terminado en sus mas admirables detalles. Disputábanse los discípulos el mejor sitio para tomar el punto de vista con tal encarnizamiento que cayendo al suelo uno de ellos, Diepenbeke, fué á dar antes sobre el lienzo y borró con el vestido el brazo de la Magdalena, la barba, y la megilla de la Virgen.

Figúrense nuestros lectores el terror y la consternacion general que reinó entre aquellos atolondrados jóvenes! ¿Qué hacer? ¿qué iba á suceder? ¿cómo ocultar, como confesar aquella desgracia, aquella profanacion? ¿cómo reparar aquel desastre antes de la vuelta del maestro? ¿cómo evitar su justísima cólera?

—Amigos, dijo Van-Hoeck; aquí no hay mas que dos partidos que tomar, ó echar á correr huyendo de vergüenza, y no volver mas á poner los piés en esta casa, ó armarnos de audacia y emplear las tres horas de dia que nos quedan para volver á pintar lo que hemos destruido. ¿Quién de vosotros tiene el valor y talento para esto? En cuanto á mí me recuso desde luego y propongo á Antonio Van-Dyk.

Por aclamacion apoyaron todos los demas esta propuesta. Van-Dyk se resistió lo mejor que pudo, empero no hubo remedio, tuvo que ceder, y tomó el pincel, ¡el pincel de Rubens! Tembló, palideció por cinco minutos, tanteó á pintar, y retrocedió: invocó á Dios y á los santos y el recuerdo de su madre, y se puso al fin manos á la obra con la resolución de un hombre desesperado.

Al espirar el dia habian quedado completamente rehechas las figuras de la Magdalena y de la Virgen, y Van-Dyk medio desmayado salía del taller con sus compañeros, mientras que Rubens se apeaba del caballo á la puerta de su casa.

No entró en su estudio hasta la mañana siguiente, que llamó á él á todos sus discípulos. Nuevo susto y terror para los pobres jóvenes y sobre todo para Diepenbeke y Van-Dyk!...

Júzguese del triunfo y de la alegría de Antonio cuando Rubens le dijo estas palabras que se han conservado como históricas.

—He querido enseñaros mi ultimo trabajo: esta Virgen y esta Magdalena: este brazo y esta cabeza, son creo, una de mis mejores obras.

Y no hablaba por ironía el maestro. No habia reconocido al primer golpe de vista lo repintado por Van-Dyk. Lo reconoció despues de un mas detenido examen, y perdonó. Hizo aun mas; conservó la obra de su discípulo en el cuadro dándole así un diploma de genio y de gloria.

Despues de haberle empleado en pintar en sus mejores cuadros lo envió á Italia. Desde allí pasó Van-Dyk á Holanda, á Francia, á Inglaterra donde se estableció y murió en 1641.

Conocidas son de todo el mundo sus principales obras maestras: el *San Sebastian* que está en el Louvre, el *San Agustín*, en Amberes, la *coronacion de espinas*, *Jesús en la cruz* etc., cuadros que rivalizan con los de Rubens, y

sus numerosos y admirables retratos dignos del pincel del Ticiano, *Cárlos I, Enriqueta Moncada, Margarita, Lemon, Buckingham-Villiers, Cromwel, etc.*

La madre de Van-Dyk había presentado los triunfos de su hijo, no solo como pintor sino como caballero. Su hermosura y sus distinguidos modales le colocaron á la cabeza de la aristocracia de Londres. Una dama de la mas alta clase se enamoró tan perdidamente de él, que quiso cortarle la muñeca de la mano derecha para impedirle que pintase á otras mugeres despues de haber hecho su retrato, celosa de que otras lo tuviesen de su mano. Felizmente pudo escaparse de esta locura, y se casó con la bella María Rùthven, nieta del conde de Gowrie.

En el Louvre ha estado por mucho tiempo espuesto al público un cuadro de Van-Dyk cuya historia es un episodio novelesco: hablamos del cuadro de *San Martin partiendo su capa*. Al marchar á Italia el gran artista encontró cerca de Lovayna á una muchacha, Ana Var-Ophem, que guardaba los lebreles de la reina Isabel. Verla y amarla fué la obra de un instante. Tan hermosa y linda la encontró que se paró y permaneció dos meses en su aldea, y dos veces la retrató, la una rodeada de sus magníficos perros, y la otra bajo las facciones de una vírgen en una *Sacra familia*. Por último, le dió para su pobre iglesia el magnífico lienzo de *San Martin* en que Van-Dyk se retrató asimismo.

Cuando los húsares franceses quisieron arrebatarse y llevarse esta obra maestra en el año 1793, los aldeanos lo defendieron con desesperado arrojo. Menester fué que fuese todo un regimiento para conseguirlo. A la paz de 1814 la Bélgica recobró su tesoro, y allí lo admiran hoy los viajeros!

ADOLFO SERRA.

ESTUDIOS HISTORICOS Y DE VIAGES.

UNA NOCHE EN LA CARTUJA DE PAVIA.

I.

Nada hay firme en este mundo:
Valor, gloria, nombre, imperio
Cuando una espada se empuña
Todo queda en duda puesto.

(El duque de Rivas).

Existía á principios del siglo XVI entre Pavía y su célebre cartuja un gran parque llamado Mirabel. El muro de su cercado tenia veinte millas de circunferencia. En medio del recinto un pequeño palacio de elegantes formas, punto de reunion de las cacerías de los jóvenes señores milaneses, donde al sonido de las trompas y de los cuernos, y á los ladridos de las traillas de los perros se mezclaba el ruido del choque de las copas en los brindis, y el eco de los alegres cantares.

Pero no se cantaba allí en la noche del 23 de febrero de

1525, víspera de San Matías. El duque de Alenzon se habia situado allí en la retaguardia del ejército francés, que sitiaba á Pavía, defendida por el bravo capitán español Antonio de Leiva, que aunque enfermo, haciéndose sacar en una silla al frente de su guarnicion, sostenia valientemente la plaza por su rey el emperador Cárlos V. En la izquierda del parque de Mirabel ocupaba con el grueso de su ejército Francisco I las pequeñas alturas de San Pablo y de Santiago, donde se perdía la vista sobre inmensas llanuras.

Los mariscales de Chabannes y de Foix, la Tremouille y un cierto número de viejos capitanes rodeaban al rey. Encontrábase allí tambien el almirante Bonnivet, á cuyos desahacertados consejos se debía aquella campaña; que iba á humillar el poderío de la Francia, y á enaltecer tanto la gloria de los españoles.

A la cabeza de las tropas de Cárlos V se adelantaban para socorrer la sitiada ciudad de Pavía por el camino de Lodi don Cárlos del Lannoy, el intrépido virey de Nápoles, el marqués de Pescara y el condestable de Borbon, á quien las injurias recibidas de su primo Francisco I, habian convertido en uno de los gefes del ejército imperial. Los peones de Borbon abrieron una zapa de cuarenta toesas en el cercado del gran parque. Abierta la brecha, penetró por ella el marqués del Vasto, sobrino de Pescara, precipitándose en su recinto con los arcabuceros españoles, y se apoderaron por sorpresa del pequeño palacio.

En el entretanto se generalizó la batalla, y el ejército sitiador francés y el español, que venia á socorrer la plaza, llegaron á las manos, y jamás se vieron soldados tan animados por la rivalidad, por la antipatía nacional, por el odio, y por cuantas pasiones son capaces de escitar el valor. Por una parte se veía á un soberano valeroso y jóven, apoyado por todos sus nobles, seguido de un numeroso ejército, indignado de una resistencia tan constante, y que peleaba por el triunfo y por el honor. Por otra parte un ejército mejor disciplinado, con los mas apuestos generales á su cabeza, con la rabia que inspira la desesperacion. Creyéronse vencedores los franceses porque en la primera arremetida destruyeron un escuadron imperial y se apoderaron de la artillería española; creyéronse vencedores y se arrojaron imprudentes al campo abierto. Entonces el marqués de Pescara dirigió esta alocucion á los españoles:

—«¡Ea! mis leones de España, hoy es el día de matar esa hambre de honra, que siempre tuvisteis, y para esto os ha traído Dios tanta multitud de pécoras.....»

Estrecha sus líneas, penetra en las filas francesas, y al ver que vuelven las espaldas los suizos, grita el marqués de Pescara, cargándolos de nuevo: «Santiago y España! á ellos, que huyen.»

Al mismo tiempo la guarnicion de Pavía hace una salida y se reúne con el ejército de Pescara. En breve quedó destruido el ejército francés. El marqués de Pescara se adelantó tanto entre los enemigos, que en mas de media hora no se supo de él, hasta que se le vió llegar herido, ensangrentado el rostro y su mano derecha, y con una bala de arcabuz que le habia traspasado el coselete y que se habia detenido entre el vestido y la carne.

Ya solo se combatía en el centro, en el parque, en que estaba el rey Francisco I. Tremenda fué allí la pelea. Franceses é imperiales luchaban allí casi con igual número de fuerzas.

Señores lujosamente ataviados, aventureros cubiertos de cascos, lansquenets con sus lanzas hacían prodigios de valor y rodeando al rey, trataban de formar un muro con sus cuerpos para defenderle.

De pronto se aumenta el tumulto: seguido de la caballería y de los intrépidos arcabuceros montañeses de Vizcaya y de Guipúzcoa, llega y decide la suerte de la batalla don Carlos de Lannoy. La Tremouille, el mariscal de Foix, San Severino, Francisco de Lorena, los aventureros, los lansquenets caen sucesivamente muertos ó heridos.

En el gran parque, en medio de los imperiales, no se vió en pie muy pronto mas que á un francés, decidido á no sobrevivir á su derrota, y que luchaba hasta el último momento.

En vano la sangre corre de sus heridas, en vano comienzan á debilitarse sus fuerzas, su espada parece multiplicarse para cruzarse con las que le amenazan. Fatigado su caballo, cae y da con él en tierra. Al verle caer, corre á él un soldado vizcaino, y poniéndole el estoque al pecho, le intimó la rendición sin conocerle.

—No me rindo á tí, le dijo, me rindo al emperador. Yo soy el rey!

Trabajaron en levantarle de debajo del caballo, y tal vez le hubieran muerto los arcabuceros, que no creían á los que le habían hecho prisionero, y decían que era el rey, si dos hombres en aquel momento no se hubieran aparecido allí, penetrando por entre la multitud que le rodeaba. El primero era Pomperant, el solo caballero de la nobleza francesa que había seguido al condestable de Borbon en su fuga y desercion: el segundo era don Carlos Lannoy.

Pomperant al reconocerle dobló la rodilla y le quiso besar la mano. El rey apartó de él la vista, y mirando rápidamente en torno suyo, y desesperando de su fortuna, se dirigió á Carlos de Lannoy:

—Os entrego mi espada, le dijo, bañada en sangre, y es la sangre de vuestros soldados.

El virey de Nápoles hincó una rodilla en tierra para recibir la espada del monarca vencido, y presentándole la suya le dijo:

—Señor, tomad esta, porque no conviene á un tan gran rey quedar desarmado en presencia de un vasallo del emperador.

La espada que Francisco I entregó en los campos de Pavía en 1525 permaneció mas de dos siglos y medio depositada en la Armería Real de Madrid como un glorioso monumento de nuestras glorias, hasta que en 1808 el príncipe Joaquín Murat, que había ocupado, como amigo, no como conquistador, la capital de las Españas con los ejércitos de Napoleon I, la arrancó de la Armería, como si con llevarse la espada del monarca francés, vencido por el valor español cerca de tres siglos antes, hubiera podido borrar esa gloriosa página de nuestra historia, página que la España comenzó de nuevo á escribir á los pocos días de haberle arrebatado este trofeo, levantándose contra el mismo Murat en Madrid y dando á la España la señal de resistencia, logrando en seis brillantes campañas arrojar de su suelo á los franceses, y despertando á la Europa de su letargo, acabar con el dominio de Napoleon, lanzándole á morir sobre la roca de Santa Elena, en medio del Océano. Al visitar en una de mis escursiones á la Italia la magnífica cartuja de Pavía, aun he podido encontrar todavía algunos vesti-

gios del muro que cercaba el gran parque de Mirabel.

Era una tarde de otoño; un viento, que soplaba del Adriático arrastraba las nubes, que chocaban entre sí sobre el campo de batalla de Pavía, tomando caprichosas y extrañas formas. Hubo un momento en que creí ver las sombras de Antonio de Leiva, de Lannoy, de los marqueses de Pescara y del Vasto y de tantos otros héroes españoles que rodeados de la aureola que reflejaban en las nubes los últimos rayos del sol por la tarde, se presentaban á mi vista resplandecientes como los grandes héroes de Homero!...

II.

Gran señor, fundi esta bala
Para daros muerte digna,
Si en el combate, de veros
Se me lograba la dicha.
Y ya que vuestra fortuna
No os puso en mi puntería,
Vuestra debe ser la prenda
Que siempre á ser vuestra iba.

(El duque de Rivas).

En las inmediaciones de Milan se hallan dos ciudades, que parecen colocadas la una al lado de la otra para manifestar á los hombres toda la vanidad de las cosas humanas, y cuán frágil y perecedera es su gloria. Estas dos ciudades son Marignan y Pavía. Con dos años de distancia allí el rey de Francia Francisco I consiguió su mas señalada victoria, allí sufrió la mas completa y cruel derrota. En Marignan en 1515 inauguró su reinado por la conquista del Milanésado. En Pavía en 1525 vió á su ejército hecho pedazos, degollada en torno suyo la flor de su nobleza y él mismo cayó en poder de los generales de Carlos V que lo trajeron prisionero á la torre de Lujan de Madrid. En Marignan el condestable Borbon, príncipe de la sangre real de Francia se batió por su rey como un jabali irritado, segun la espresion de Francisco I, y contribuyó á asegurarle la victoria. En Pavía aquel mismo condestable, convertido en teniente general de los ejércitos del emperador, contribuyó poderosamente á combatir y vencer á sus compatriotas y á su rey. Estas dos batallas han sido las mas ilustres que se han dado jamás en los llanos de la Lombardía, aun incluyendo las de Napoleon I y las modernas de Magenta y de Solferino, de Napoleon III, en 1860.

A una ligera distancia del parque de Mirabel, sitio principal donde se dió la batalla, se encuentra la famosa cartuja de Pavía. Isabel, hija de Juan II, rey de Francia, había llevado en dote á Juan Galeas Visconti, señor de Pavía, el feudo de Vertus y el título de conde, que á él se hallaba unido. Inmensa fué la fortuna de Juan Galeas Visconti; empero, si se ha de dar crédito á los cronistas, muchos y grandes crímenes pesaban sobre su conciencia. Despues de la muerte de Isabela, creyó poder espíarlos, fundando la cartuja de Pavía.

El 8 de setiembre de 1396 se puso la primera piedra de aquel vasto y magnífico edificio. El obispo de Pavía, los de Novara, de Feltre y de Vicencio vinieron á bendecirla.

Tres años mas tarde veinte y cinco cartujos ocupaban las partes del monasterio que se hallaban terminadas. Juan Galeas Visconti al morir los dotó magníficamente; empero

les impuso la obligacion de consagrar todos los años una suma considerable en proseguir la construccion del edificio. Amadeo de Pavía, Silvestre de Carate, Bernardino de Novi, Bautista de Sexto, trabajaron en su fachada, tallaron sus sesenta medallones y dieron vida á sus innumerables bustos de santos, reyes y emperadores. La iglesia fué construida segun los planos de Enrique Zamodia. Los cinceles de Bosso de Ramalti ó de Zanella pidieron al mármol de Carrara sus ocho estatuas colosales de los evangelistas y de los doctores de la Iglesia.

Proccacini, Carlonna, Vulpino, Busca y una infinidad de otros artistas, elegidos entre los mas célebres de Italia, arrojaron con profusion en sus tres naves y en sus catorce capillas, ricos mosaicos, admirables trozos de arquitectura, vidrieras de colores, pinturas al fresco y cuadros de infinito valor. El pincel de Casolano decoró su magnífica cúpula; Marini, Bambilla, levantaron su altar mayor, adornaron y cincelaron las puertas de su tabernáculo, esculpieron sus bajos relieves, y la familia Sacchi empleó, de generacion en generacion, tres siglos enteros en incrustar en el alabastro y el mármol fino la esmeralda, el lapis-lázuli, la amatista, el topacio y las piedras mas preciosas. En esta iglesia hay un gran sepulcro del fundador de la cartuja, Juan Galeas Visconti, sepulcro que jamás contuvo su féretro, pues que no se terminó si no sesenta años despues de la muerte de su propietario. Detrás del mausoleo se ve la figura en medio relieve de Luis de Moro, asesino de su pupilo Juan Galeas María Sforzia, que murió en 1510, en una jaula de hierro, donde le habia hecho encerrar Luis XII rey de Francia. Cerca de él está representada la figura, tambien en medio relieve, de su muger Beatriz de Este, hija de Hércules, marqués de Ferrara.

Despues de José II, ese emperador filósofo de Alemania, que tan hostil fué á la Iglesia, y que se apoderó de sus bienes, la cartuja ha sido despojada en varias ocasiones de sus riquezas, y lo ha sido tambien ahora recientemente en la actual revolucion italiana, en que la Lombardía ha proclamado su anexion al Piamonte, colocándose bajo el cetro de Victor Manuel. Ya cuando yo visité este magnífico monasterio no le quedaban mas que los frescos y algunos cuadros. Es lo menos que sus espoliadores han podido dejarle: sus muros y su techo! como los ladrones de los caminos reales que dejan la camisa á los viajeros que han desvalijado.

La ciudad de Pavía dista solo una legua de la cartuja. Esta antigua capital de los reyes lombardos, fué tantas veces sitiada, tomada, recuperada, quemada y saqueada, que no ha conservado un solo monumento notable, si no es tal vez la iglesia gótica de San Miguel. Se decia en otro tiempo de Pavía que era la ciudad de las *cien torres*, como Tebas la ciudad de las *cien puertas*. Mas feliz que Tebas, que ya no tiene puertas, Pavía conserva todavia dos torres. Su puente sobre el Tesino está sostenido por cien columnas de granito, obra del siglo XIV, que pone la ciudad en comunicacion con un gran arrabal, rodeado de murallas. Estas murallas, estas ruinas de torres y de fortalezas dan á la ciudad un aspecto no muy alegre, que la haria parecerse á un vasto sepulcro, si el monótono silencio de sus calles no se interrumpiese de tiempo en tiempo por los jóvenes estudiantes de su universidad. Esta fundacion científica, que rivaliza con la de Pádua, se remonta á la época de Carlo Magno: mil cuatrocientos jóvenes se dedican en ella al

estudio del derecho, de la medicina y de la filosofia.

Sabida la prision de Francisco I, muchos nobles franceses, que hubieran podido escaparse, se entregaron voluntariamente prisioneros, no queriendo volver á Francia sin su rey. Todos los generales de Carlos V se presentaron uno tras otro á saludar al cautivo monarca, doblando ante él la rodilla en señal de consideracion y respeto. Llegó, por último, el duque de Borbon, su pariente, y doblando la rodilla como todos, le dijo:

—Si V. M. hubiera seguido mis consejos, no se viera en el aprieto presente, ni la sangre de la casa y nobleza de Francia anduviera tan derramada y pisada por los campos de Italia.

Levantó al cielo los ojos el rey, y lanzando un suspiro contestó:

—Paciencia, duque, pues ventura falta.

Al ver el marqués de Pescara que la vista del condestable de Borbon incomodaba estraordinariamente al rey le mandó cortesmente que se retirara.

El marqués de Pescara hizo dar otro caballo al rey, y ayudándole respetuosamente á montar, se puso en movimiento, rodeado de los gefes del ejército imperial, tomando la direccion de Pavía. Al notar el punto á que se dirigian, y ya cerca de las puertas de la ciudad, paró de repente su caballo y dijo al marqués de Pescara:

—Ruegoos, marqués, que vos y estos caballeros me hagais placer de no meterme en Pavía, que seria grande afrenta para mí no haberla podido tomar y meterme en ella preso.

El marqués de Pescara, que era tan valiente como cortes, encontró justa su demanda y dando la vuelta, se dirigió á la cartuja de Pavía. El rey marchaba sereno, y aun se reia al oir las palabras chistosas y de buen humor que por el camino le decian los soldados españoles, y que hacia le tradujese Mr. de Lamotte, uno de los caballeros franceses que le acompañaban. Cuenta la historia que un soldado español, de Sevilla, llamado Roldan, y á quien por lo certero de su puntería habian puesto por mote el *Arcabucero*, se acercó al rey, entregándole una bala de oro, y diciéndole:

—Señor, sepa V. M. que sabiendo ayer que hoy se daría la batalla, hice seis balas de plata y una de oro para mí arcabuz, las de plata para unos musieres y la de oro para vos. Creo que empleé las cuatro, sin otras muchas de plomo que tiré á gente comun. No topé mas musieres, y por esto sobraron dos: la de oro véisla aquí, y agradeceidme la voluntad de os dar la mas honrosa muerte que á príncipe se ha dado. Mas, pues Dios no quiso que os viese en la batalla, tomadla para ayuda de vuestro rescate, que ocho ducados, que es una onza, pesa!

El rey la tomó diciéndole:

—Te agradezco el buen deseo.

Nuestro célebre poeta el duque de Rivas ha consignado en un bellissimo romance este hecho histórico que tan al vivo pinta el carácter y genio del soldado español, que contrasta con el de otras naciones y de que aquel mismo dia y casi á la misma hora se ofreció un notable ejemplo.

Un aldeano milanés se presentó al marqués de Pescara en el camino pidiéndole albricias por haber muerto al príncipe de Escocia, enseñando como prueba de su hazaña la rica cadena de oro que el príncipe llevaba al cuello, la que le habia dado ofreciéndole además hacer su fortuna si le servia

de guía para fugarse si quería acompañarle á Escocia. El villano así se lo ofreció, empero al llegar á un barranco le dijo al príncipe que lo atravesara y colocándose detrás al ir á saltarlo le dió una terrible cuchillada en la cabeza dejándole muerto. El marqués de Pescara mandó ahorcar inmediatamente á aquel villano, á pesar de que no contaba mas que diez y ocho años de edad, y envió á buscar el cadáver del príncipe para hacerle un suntuoso funeral. Llegó Francisco I acompañado de todos los gefes imperiales á la cartuja de Pavía. En el momento en que entraba en la iglesia estaban los cartujos cantando tercia y entonaban el versículo; *coagu latum est, sicut lac, cor eorum; ego vero legem tuam meditatus sum* (su corazón se ha coagulado como la leche: yo he meditado vuestra ley).

Levantó al cielo los ojos el rey y continuó con voz firme el versículo; *bonum mihi quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas* (es bueno, Señor, que me hayáis humillado para que aprenda vuestros juicios).

Al oír aquella voz fuerte y acentuada, y al ver entrar en su iglesia aquella brillante comitiva despues de un día de tan ruidosos azares, los cartujos no cambiaron de posición, ni aun volvieron sus miradas. La estraña coincidencia de las palabras del cántico sagrado tan apropiadas á aquellas circunstancias, causó á los españoles que acompañaban al rey un movimiento muy marcado de sorpresa y doblaron sus rodillas cuando el monarca francés se postró en las gradas del rico altar que adorna la abside de aquel suntuoso templo.

III.

Y cautivo el rey de Francia
Vino á Madrid y habitó
La torre de los Lujanes
Con Hernando de Alarcon.
En la plaza de la Villa
Aun dora esta torre el sol,
Coronada de recuerdos
Que el tiempo no borra, no.

(El duque de Rivas).

Al salir por la nueva sacristía se encuentra uno delante de sí un vasto edificio obra de Francisco Richini, que es la hospedería destinada á recibir á los estrangeros y sirviendo tambien de alojamiento al prior de los cartujos. Desde allí se sigue un largo corredor y se llega al claustro de los monjes. Las numerosas entradas y salidas de aquel vasto edificio inspiraron desconfianza á don Carlos de Lannoy, virey de Nápoles, que era el general en jefe, y decidió que el rey se acostase aquella noche en una de las celdas del claustro grande. Suscitóse entre los gefes de los cuerpos pertenecientes á varias naciones de que se componía el ejército imperial, la cuestión de á quien debía confiarse la custodia del rey prisionero. El marqués de Pescara manifestó que al esfuerzo de los españoles se habia debido principalmente el éxito de aquella célebre jornada, y que debían darse todos por satisfechos y seguros con que se encargase la vigilancia del rey á don Fernando de Alarcon, jefe de los tercios españoles.

Convinieron todos en ello con la aprobación de Lannoy, y Alarcon quedó entregado de la persona del monarca francés.

A la estremidad del claustro de los monjes y enfrente del corredor de que hemos hablado, se hallaba entonces, como todavia se halla hoy, la celda de sub-prior, si puede darse este nombre á dos cuartitos en la planta baja con un pequeño camaranchon encima. Aquella celda con una cama de cuatro tablas, con una silla desvencijada, con una mesa tosca, un reclinatorio de pino, y un crucifijo en la pared, enteramente desnuda y cubierta de una espesa capa de cal amarillenta por el tiempo, presentan hoy á los que la visitan con el profundo silencio que la rodea, la idea de que los que la habian escogido para su morada no se hallaban ligados á la tierra sino por la oración.

A esta celda fué llevado el rey de Francia.

El hijo de Luisa de Saboya era de una estatura alta y bien proporcionada. Su frente descubierta, sus ojos vivos y penetrantes, su nariz ligeramente aguileña, su color pálido, sus cabellos cortos y su espesa barba formaban un conjunto en que se veía retratada la magestad y la dulzura. Franco en sus discursos, sincero en sus amistades, afable, pródigo, aficionado con esceso á las letras, las artes y los placeres, valiente hasta la temeridad, nadie fué mas pronto para formar una empresa y llevarla á cabo.

Sentado sobre la desvencijada silla, con los codos apoyados sobre la mesa de pino, sosteniendo su frente con la mano izquierda é inclinado su cuerpo en forma de arco ¡cuántas encontradas ideas debieron agolparse á su real imaginación! ¡Tanta grandeza, un carácter tan noble y una caída tan estrepitosa! La viveza de las sensaciones alteraba algunas veces las facciones de su rostro. Borrábase de él la dulzura y la magestad para dar lugar á la espresion de la violencia contenida y el furor. Sentía su cuerpo un involuntario estremecimiento.

Un profundo suspiro se exhaló de su pecho. Inmediatamente se abrió la puerta: un hermano lego cartujo con su túnica blanca se presentó en el dintel de ella.

—Señor, dijo, estoy á las órdenes de V. M.

El rey hizo un gesto de impaciencia. El profundo suspiro no era llamar á un servidor. Era la explosion de un sentimiento cuya violencia no habia podido contener.

El lego cartujo permanecía inmóvil.

El rey fijó los ojos en él, lo miró un momento con curiosidad, y tomando un momento despues la palabra:

—¿Qué he visto? ¡Tú, Josserrant, bajo el hábito de un cartujo!

—De un lego cartujo, señor.

—No han cambiado tus facciones desde la batalla de Marignan.

—Famosa batalla en que el rey de Francia fué armado caballero por Bayardo y pasó la noche sobre la cureña de un cañon.

—Un arquero estaba á mi lado durante aquella estraña noche. No he olvidado el frasco de vino en el que me permitió tomar un buen sorbo. Ese arquero, eras tú, Josserrant.

—Sí, señor.

—Y á la mañana siguiente combatió tambien á mi lado á los suizos.... Pero diez años han pasado desde entonces y estoy prisionero!

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un tono de indefinible amargura. Y despues hubo un momento de silencio.

Entretanto iluminóse de repente el rostro del rey, pa-

reció brillar en su mirada un rayo de esperanza. Dejó su posición inclinada sobre la mesa, con un gesto mandó acercarse á Josserrant y bajando la voz continuó así la conversación:

—¿Podrías ausentarte esta noche del monasterio?

—Es difícil, pero no imposible.

—¡Bien! lo harás.

—Si, señor.

—Si el duque de Albani, con sus cuatro mil hombres de á pié, sus seiscientos hombres de armas, su caballería ligera y sus doce piezas de artillería hubiese tomado parte en la batalla, no nos hubiera abandonado la victoria. En mal hora escuché al obispo de Verona y envíe al duque á hacer unas escaramuzas sobre las tierras de Nápoles.

—Al verlos pasar cerca del monasterio pensando que V. M. dividía sus fuerzas me pareció....

—Que hacía una tontería ¿no es esto? ¡Pues bien! Si, pero he querido repararla. Apenas había pasado el duque de los estados del Papa, cuando le he dado la orden de que se volviése inmediatamente. Hace diez días que le estaba aguardando de un momento á otro: ¿y quién sabe...? Tal vez esta noche estará tan cerca de mí como yo lo estaba de los suizos en Marignan sobre la cureña de mi cañón.

—Cincuenta pasos, señor...! voy á ejecutar vuestras órdenes.

—Pero yo no te he dicho nada todavía....

—Todo lo he comprendido. Si encuentro al duque me pougo de acuerdo con él, y mañana cuando lleven á V. M. fuera de este monasterio un golpe atrevido de mano liberará al rey de Francia.

Josserrant hizo un movimiento para marcharse: el rey le detuvo.

—¡Una palabra! ¿Y si no encuentras al duque? Si es preciso desesperar de todo...

—Volveré antes de amanecer y V. M. sabrá...

—Pero tal vez estaré rodeado de españoles y mi impaciencia...

—En ese caso, señor, dos señales: una para la esperanza, otra para la resignación.

—Para la esperanza pones la mano sobre el corazón: para la resignación...

—Bajaré la cabeza y mis ojos estarán llenos de lágrimas.

IV.

Pues la nación española
Que logra triunfo tan grande
En la victoria es tan noble
Como brava en el combate.

(El duque de Rivas).

Muy larga le pareció al rey de Francia aquella noche.

Durmió poco: la fortuna que se burla de los príncipes como de los demás hombres le envió falaces y engañosos sueños. Creíase en su magnífico palacio de Chambord paseándose en su hermoso parque en medio de las damas de su corte, de sus favoritos, y de los sábios y artistas que se complacía en reunir en torno suyo. Despues se sucedían otras

visiones, visitaba alternativamente los palacios reales que había edificado. Fontaineblau, Folembrai, Villiers-Cotteret, y por todas partes no oía hablar mas que de su grandeza y de su gloria, recibiendo por todas partes homenajes y respetos. Cruel fué el momento de despertar.

Llegado el día, don Carlos de Lannoy se presentó delante de él.

—Señor, el comendador Peña Losa marcha para España: va á llevar á Carlos V, mi augusto amo, la noticia de la victoria que han conseguido sus armas.

—Añadid, y la cautividad del rey de Francia.

—¿Se dignará V. M. concederle un salvo-conducto para atravesar por su reino?

No respondió el rey: permaneció absorto en sus reflexiones. Un instante despues se fijaron con intencion sus miradas sobre el numeroso grupo de españoles que habían acompañado á don Carlos Lannoy. Esperaba encontrar á Josserrant en medio de ellos.

En aquel momento el lego cartujo apareció como lo había hecho la víspera en el dintel de la puerta.

El rey se estremeció.

Josserrant tenía lágrimas en sus ojos y bajó profundamente la cabeza.

—Virey Lannoy, dijo Francisco I reprimiendo un movimiento que iba á revelar la situación de su alma, otorgamos vuestra demanda, pero con una condicion. El comendador Peña Losa se presentará á la Regenta del reino, nuestra muy querida madre, que nos aguarda en nuestra buena ciudad de Lyon, y le entregará la carta que vamos á escribir á vuestra vista.

Carlos de Lannoy se inclinó respetuosamente en señal de consentimiento.

Tomó el rey de manos del virey el salvo-conducto y estampó en él su sello. Despues sobre una ancha hoja de pergamino escribió á su madre una carta de la cual han adquirido inmensa celebridad aquellas famosas palabras: *todo se ha perdido menos el honor*.

La carta de Francisco I, cuyo original existe todavía, estaba concebida en estos términos:

«Señora, para haceros saber cual es mi infortunio diré que solo me ha quedado el *honor* y *la vida* que se ha salvado, y para que en vuestra adversidad esta noticia os sea de algun consuelo he rogado que me dejen escribiros esta carta, lo que fácilmente me han concedido, suplicándoos no os abandoneis á extremos valiéndoos de vuestra acostumbrada prudencia, porque tengo esperanza de que al fin Dios no me abandonará, recomendándoos vuestros nietos y mis hijos, y suplicándoos permitais el pasar al portador de esta para ir y volver á España, pues va enviado al emperador para saber como quiere que se me trate.

»Y con esto humildemente se recomienda á vuestra buena gracia, vuestro humildísimo y obediente hijo

»FRANCISCO.»

De esta carta Antonio de Vera, historiador de Carlos V compuso el famoso billete: «Señora, todo se ha perdido menos el honor.»

La carta es poco conocida, al paso que lo es de todos y pasa por histórico el billete, que bien mirado no es mas

que la traducción de este miembro de la frase—De todas las cosas solo me ha quedado el honor.—Al mismo tiempo escribió una carta por el comendador Peña Losa al emperador Carlos V el rey Francisco I. Solo pasó una noche el rey prisionero en la cartuja de Pavía, siendo al día siguiente trasladado al castillo de Pizzighitone en Lombardia, á orillas del Adda, y siempre bajo la custodia y vigilancia de Hernando de Alarcon.

Carlos V desplegó una moderación admirable en este gran triunfo de sus armas, prohibió que se hiciesen funciones públicas, no creyendo debía celebrarse el cautiverio de un rey de la cristiandad. La madre de Francisco I, en vez de abatirse y entregarse á la tristeza, desplegó la mayor firmeza y adoptó grandes medidas para reorganizar el destrozado ejército de Italia, entrando en tratos con Inglaterra, Venecia y la Santa Sede.

Carlos V exigió á Francisco I, como precio de su libertad, condiciones tan duras, que el prisionero real al escucharlas las desechó con la mayor indignación. Seguían las negociaciones, versando la principal oposición del rey Francisco I á restituir á España el ducado de Borgoña, cuando el virey de Nápoles, Carlos de Lannoy, persuadió á Francisco I lo conveniente que le sería el ir á Madrid y tratar directamente las condiciones de su rescate y de la paz con el emperador. Sin comunicarlo á Carlos V, sin dar conocimiento al marqués de Pescara, al condestable de Borbon y demás generales imperiales de Italia, á pretexto de trasladar al rey Francisco I á Nápoles para mayor seguridad, se embarcaron, acompañados siempre del encargado de su custodia, don Carlos Lannoy, y desembarcaron en el puerto de Rosas, en Cataluña, el 8 de junio.

El emperador queda agradablemente sorprendido con la noticia de la llegada de su augusto prisionero. Perdona esta medida, tomada sin su orden y lo manda conducir á Madrid, aposentándolo en la torre llamada de los Lujanes, bajo la vigilancia del mismo Alarcon. Desatento anduvo el emperador con su prisionero: no le visitó, y si solo lo cumplimentó por escrito. Desde la torre de Lujan, donde primero fué colocado, mientras se le preparaba una habitación, fué trasladado al palacio del Arco, que hoy no existe, y despues á una torre del antiguo alcázar, que ocupaba parte del sitio donde hoy está levantado el magnífico palacio de nuestros reyes.

En vano esperaba Francisco I la visita del emperador Carlos V: dilatábala éste con frívolos pretextos. Una profunda melancolía al ver el desden con que era tratado, se apodera del rey de Francia y se agrava su enfermedad en términos de temerse por su vida. Fernando de Alarcon y los médicos opinan que la presencia del emperador solo puede salvarlo, y le avisan por medio de un posta, cuando se hallaba en la sierra de Buitrago, distraído en una cacería, é inmediatamente monta á caballo y se dirige á Madrid á todo galope, encontrando un nuevo posta, enviado por Alarcon y los médicos, avisándole el 18 de setiembre se diese prisa si queria hallar vivo al rey de Francia. En dos horas y media corre el emperador á todo galope las seis leguas que hay de San Agustín á Madrid. Entra en el aposento del moribundo prisionero; lo abraza, se esplican como verdaderos amigos y hermanos, y le promete la libertad. Al día siguiente repite el emperador su visita y recibe con la mayor distinción á la princesa Margarita, hermana de Fran-

cisco I, que habia al saber su grande enfermedad, venido rápidamente desde Francia á consolarle en su desgracia. La pronta marcha á Toledo del emperador, cuando aun quedaba tan gravemente enfermo Francisco I, le hizo recelar de la lealtad de las promesas del emperador. Al día siguiente de la marcha de Carlos V á Toledo se agrava su enfermedad en términos de tener que recibir los sacramentos. Hubo un momento en que se le tuvo por muerto. La enfermedad hizo una crisis, y no tardó en recobrar su salud, por la que en Madrid y en otras provincias del reino se habian hecho rogativas y procesiones públicas. La princesa Margarita marcha á Toledo á seguir con el emperador las negociaciones para la libertad de su hermano. Nota el desvío de Carlos V y las dilaciones que suscita. Entonces Francisco I intenta fugarse; empero, avisado por uno de los que debian favorecer su evasión, desbarata su plan el vigilante Hernando de Alarcon. Desesperanzado Francisco I de conseguir ya la libertad, estiene un acta de abdicación de su corona en favor de su hijo el delfín, y la manda á Francia.

Esta gran medida política, que si llegaba á consumarse dejaba en poder de Carlos V, no un rey prisionero, si no un caballero cautivo, hizo que inmediatamente le diese la libertad, y que se firmase en breve la célebre concordia de Madrid, en que se ajustó la paz entre ambos soberanos, que se dieron las mas afectuosas pruebas de cariño y de amistad.

Francisco I, en el mismo día que firmó la concordia, que fué el 14 de enero de 1526, hizo delante de los consejeros que tenia en Madrid, despues de haberles exigido el secreto bajo juramento solemne y ante notarios, una protesta formal contra el tratado que iba á suscribir como nulo, arrancado por la violencia y hecho sin libertad.

El rey Francisco I salió para Francia, á donde entró el 18 de marzo, entregando en las márgenes del Bidasoa en rehenes sus hijos al emperador de España, cuya entrega se hizo en una balsa magníficamente adornada, colocada en medio del rio, del modo más dramático y solemne, verificándose este acto al año y algunos días despues de la batalla de Pavía.

Francisco I, que apenas habia pisado el territorio francés, montado en un soberbio caballo árabe que le tenían preparado, echando á correr gritaba con la alegría de un niño: *Todavía soy rey. Je suis encore roy*, fundado en la protesta que habia firmado, se negó despues, faltando á su palabra, al cumplimiento de lo pactado en la concordia de Madrid, siendo esta la única ocasion en que el emperador Carlos V se dejó engañar del rey Francisco I. Nacieron de aquí nuevas complicaciones políticas, la confederación de la Liga Santa y nuevas guerras, que vinieron á terminar con el tratado de Cambray, llamado la Paz de las Damas, por haber sido ajustado el 15 de agosto de 1529 sin ruido, sin ceremonias, ni formalidades, si no en unas cuantas conferencias entre Margarita de Austria, viuda de Saboya, tía de Carlos V, y Luisa de Saboya, madre de Francisco I, sirviéndole de base el tratado de la concordia de Madrid, y obligándose á pagar Francisco I dos millones de escudos de oro por el rescate de sus hijos.

EL CONDE DE FABRAQUER.